

18 de Noviembre.

Vuelvo de una escursion al monasterio de Antura, uno de los mas hermosos y célebres del Líbano. Al salir de Berut, se sigue durante una hora la orilla del mar, bajo una bóveda de árboles de todas formas; casi todos son frutales, higueras, granados, naranjos, áloes, higueras-sicomoros, árboles gigantescos, cuyos innumerable frutos, semejantes a higos pequeños, no nacen entre las hojas, antes bien están pegados al tronco y a las ramas, como matas de musgo. Despues de haber atravesado el rio por el puente romano, cuyo aspecto queda ya descrito, se sigue una playa arenosa hasta el cabo Batrun, formado por un brazo del Líbano, proyectado en el mar: este brazo no es mas que un peñasco en el que se ha labrado, en la antigüedad, un camino a manera de cornisa desde donde se disfruta una bellissima vista del mar. Las laderas del peñasco están cubiertas, en muchos puntos, de inscripciones griegas, latinas y siriacas, y de figuras esculpidas en la misma peña, cuyos símbolos y significaciones se han perdido. Verosímilmente hacen referencia al culto de Adonis practicado antiguamente en estas regiones; si hemos de dar crédito a las

tradiciones, tenia templos y ceremonias fúnebres cerca del sitio en que murió, que se cree que fué en la orilla del rio que acabábamos de atravesar. Bajando de aquella alta y pintoresca cornisa, el pais muda repentinamente de carácter; la vista se pierde en una estrecha y profunda garganta, toda ocupada por otro rio, Nahr-el-Kelb, el rio del perro, que corre silenciosamente entre dos paredes de peñascos perpendiculares, de dos a trescientos pies de elevacion. En algunos puntos llega todo el valle, en otros deja solamente una estrecha márgen entre sus aguas y la peña. Esta márgen está cubierta de árboles, de cañas de azucar, de juncos y de enredaderas, que forman una verde y densa bóveda en las orillas y a veces sobre todo el cauce del rio. Vese sobre la roca un kan arruidado en la orilla del agua, en frente de un puente muy airoso, por el cual se pasa temblando. En las laderas de los peñascos que forman aquel valle, la paciencia de los árabes ha labrado algunos senderos en escalones de piedra, que penden casi perpendicularmente sobre el rio, y que sin embargo es preciso subir y bajar a caballo. Abandonámonos al instinto y a los piés de corza de nuestros caballos; pero era imposible no cerrar los ojos en ciertos pasos, para no ver la altura de los escalones, la tersura de las piedras, la inclinacion del sendero y la profundidad del precipicio:—allí fué donde el último legado del

papa cerca de los maronitas fué precipitado por un resbalon de su caballo y pereció miserablemente hace algunos años.

A la salida de este sendero, se halla uno en unos altos prados, cubiertos de árboles, de viñas y de pueblecillos maronitas, y ve sobre un collado, delante de sí, una linda casa nueva, de arquitectura italiana, con pórtico, azoteas y barandas, que es la habitacion que monseñor Lozanna, obispo de Abydos, y actual legado de la santa sede en Siria, se ha hecho construir para pasar los inviernos: en verano habita el monasterio de Kanobin, residencia del patriarca y capital eclesiástica de los maronitas. Este convento, mucho mas elevado en la montaña, es casi inaccesible, y en invierno está sepultado entre las nieves.

Monseñor Lozanna, prelado de costumbres elegantes, de modales romanos, de esquisito ingenio, de erudicion profunda y de sólida y rápida inteligencia, ha sido felizmente elegido por la corte de Roma para ir á representar la política y conservar la influencia católica cerca del alto clero maronita. Digno de representar á su corte en Viena ó en Paris, este ilustre personage es el tipo de uno de aquellos prelados romanos herederos de las grandes y nobles tradiciones diplomáticas de aquel gobierno, en el que la fuerza es nada, en el que la habilidad y la dignidad personal son todo. Monseñor

Lozanna es piamontés; sin duda no residirá mucho tiempo en estas soledades, y Roma lo empleará mas útilmente en un teatro mas borrascoso. Es uno de aquellos hombres que justifican á la fortuna, y cuya fortuna está escrita de antemano en una frente activa é inteligente. Afecta, con razon, entre estos pueblos, un lujo oriental y una solemnidad y una pompa exterior, sin lo cual los hombres del Asia no reconocen la santidad ni el poderío. Ha adoptado el traje árabe; su barba inmensa, y cuidadosamente peinada, descende en olas de oro sobre su ropon de púrpura, y su bellísima yegua árabe, brillante y dócil en su mano, desafia á la mas bizarra yegua de los jeques del desierto. Pronto le vimos salirnos al encuentro, seguido de una numerosa escolta, y caracoleando á la orilla de aquellos precipicios que con tanta cautela íbamos costeando. Despues de los primeros cumplimientos, nos llevó á su hermosa quinta, donde nos esperaba una colacion, y poco despues nos acompañó al monasterio de Antura, donde residia interinamente. Dos jóvenes sacerdotes lazaristas, recién llegados de Francia, ocupan solos ahora aquel soberbio y espacioso convento construido en otro tiempo por los jesuitas, que muchas veces han intentado establecer su mision y su influencia entre los árabes, y nunca lo han conseguido ni llevan trazas de conseguirlo. La razon de esto es muy sencilla: no hay política en la religion de los hombres del Oriente;

completamente separada de la potestad civil, no da influencia ni accion en el estado:—el estado es mahometano;—el catolicismo es libre, pero no tiene ningun medio humano de dominio; ahora bien, por los medios humanos es por los que el sistema de los jesuitas ha intentado siempre influir é influye religiosamente:—este pais no les convenia por consiguiente. En él la religion està dividida en comuniones ortodoxas ó cismáticas, cuyas creencias forman parte de la sangre y de la índole hereditaria de las familias, de tal suerte que hay repulsion y odio irreconciliable entre las diferentes comuniones cristianas aun mas que entre los turcos y los cristianos. Las conversiones son imposibles en un pais donde la mudanza de comunion seria un oprobio que infamaria, y que una tribu, un pueblo, una familia castigarían tal vez de muerte: por lo que hace a los mahometanos, es cosa inaudita que se haya convertido nunca ninguno: su religion es un deismo práctico, cuya moral, en principio, es la misma que la del cristianismo, menos el dogma de la divinidad del hombre. El dogma del mahometismo no es mas que la creencia en la inspiracion divina, manifestada por un hombre mas justo y favorecido por la emanacion celeste que todos sus semejantes; con el tiempo se han mezclado algunos hechos milagrosos á la mision de Mahoma, pero esos milagros de las leyendas islámicas no consti-

tuyen el fondo de la religion, y los turcos ilustrados no los admiten. Todas las religiones tienen sus leyendas, sus tradiciones absurdas, su lado popular; el lado filosófico del mahometismo està esento de esas groseras mezclas: todo él se reduce á dos puntos,—resignacion á la voluntad de Dios, y caridad con los hombres. He visto muchísimos turcos y árabes profundamente religiosos que no admitian de su religion mas que lo que tiené de razonable y humano; su razon no tenia que hacer esfuerzos para admitir dogmas que se le resisten:—es el deismo práctico y contemplativo. Semejantes hombres son inconvertibles; se descende del dogma maravilloso al dogma sencillo, pero no se sube del dogma sencillo al dogma maravilloso.

La intervencion de los jesuitas tenia otro inconveniente entre los maronitas. Por la naturaleza misma de su institucion, fácilmente crean partidos, piadosas facciones en el clero y en la poblacion; por efecto del mismo ardor de su celo, inspiran ó el entusiasmo ó el odio. Nada permanece tibio en derredor de ellos; los individuos del alto clero maronita, aunque sencillos y buenos, no podian ver con agrado el establecimiento entre ellos de una corporacion religiosa que habria arrebatado una parte de las poblaciones católicas a su dominio espiritual. Los jesuitas, pues, no existen en Siria; estos últimos años han llegado dos jóvenes padres, uno frances y otro aleman, llamados

por un obispo maronita para profesar en la escuela maronita que ha fundado. Yo he conocido a aquellos dos escelentes jóvenes, ambos llenos de fé y consumidos por un celo desinteresado. Nada desatendian para propagar entre los Drusos, sus vecinos, algunas ideas de cristianismo, pero el efecto de sus pasos se reducía a bautizar en secreto a hurtadillas de los padres, algunos niños, en las familias donde se introducían, so pretesto de darles consejos medicinales. Poco dispuestos me parecieron a someterse a los hábitos algun tanto ignorantes de los obispos maronitas, en materia de instruccion, y creo que volverán a Europa sin haber conseguido naturalizar la aficion a una instruccion mas elevada. El padre francés era digno de profesar en Roma ó en Paris.

El convento de Antura ha pasado a los lazaris-  
tas, desde la estincion de la órden de los jesuitas. Los dos jóvenes padres que le habitaban, habian ido muchas veces à visitarnos a Berut, y en ellos hallamos una compañía tan amable como inesperada; bondadosos, sencillas, modestos, únicamente ocupados en severos y altos estudios, al corriente de todas las cosas de Europa, y participando del movimiento intelectual que nos arrastra consigo, su conversacion universal y sabia nos habia encantado tanto mas cuanto mas raras son las ocasiones que se presentan de hallarla en estos desiertos. Cuando pasábamos una noche con ellos, hablando

de los sucesos políticos de nuestra patria, de los partidos intelectuales que caian ó de los que se reformaban en Francia, de los escritores que se disputan la prensa, de los oradores que conquistaban sucesivamente la tribuna, de las doctrinas del porvenir ó de las de los San Simonianos, hubiéramos podido creernos a dos leguas de Paris con hombres que habian salido de la capital por la mañana para volverse a ella a la noche. Aquellos dos lazaris-  
tas eran al mismo tiempo dechados de santidad y de sencillo y piadoso fervor. Uno de ellos tenia muy mala salud; el aire vivo del Líbano roía su pecho y abreviaba el número de sus años; hubiérale bastado escribir una palabra a sus superiores para obtener su retiro a Francia, pero no queria tomar este paso sobre su conciencia. Fué a consultar a M. de Laroyére, que me acompañaba, y le preguntó si, en su calidad de facultativo, podia darle el parecer formal y concienzudo de que el aire de Siria era mortal para su constitucion, y M. de Laroyére, cuya conciencia es tan severamente escrupolosa como la del joven sacerdote, no se atrevió á decirle tan esplicitamente su pensamiento, con lo que el buen religioso calló y se quedó.

Estos eclesiásticos, perdidos en este vasto monasterio, donde no tienen mas que un solo árabe para servirlos, nos recibieron con aquella cordialidad que inspira el nombre de la patria á los que se encuentran lejos de ella. Dos dias pasamos en

su compañía; cada uno de nosotros tenia una celda bastante espaciosa con una cama y sillas, muebles inusitados en aquellas montañas. El convento está construido en la hondura de un valle, al pié de un pinar; pero aquel valle situado à cosa de la mitad de la altura del Líbano, tiene por un desfiladero, una vista sin límites sobre las costas y el mar de Siria: lo restante del horizonte se compone de cimas y puntas de peñascos grises, coronados de aldeas ó de grandes monasterios maronitas. Algunos pinabetes, naranjos é higueras crecen, de trecho en trecho, en los huecos de la peña, y en las cercanías de los torrentes y de los manantiales: aquel sitio es digno de Nápoles y del golfo de Génova.

El convento de Antura està inmediato á otro convento de mugeres maronitas, cuyas religiosas pertenecen á las principales familias del Líbano. Desde las ventanas de nuestras celdas veiamos las de aquellas jóvenes sirias, que parecian muy ocupadas con la llegada de una reunion de estrangeros à sus cercanías. Estos conventos de mugeres no tienen aquí ninguna utilidad social. Volney habla en su viage à Siria, de este convento junto á Antura, donde una muger, llamada Hindia, ejercia, dicen, horribles atrocidades sobre sus novicias. El nombre y la historia de esta Hindia están todavía muy presentes en estas montañas: encarcelada du-

rante largos años por órden del patriarca maronita, su arrepentimiento y su buena conducta le gran-gearon su libertad: hace poco tiempo murió en olor de santidad entre algunos cristianos de su secta. Era una muger fanatizada por su voluntad ó por su imaginacion; y que habia logrado fanatizar á cierto número de imaginaciones sencillas y crédulas. Esta tierra árabe es la tierra de los prodigios; todo germina en ella, y todo hombre crédulo ó fanático puede aquí llegar á ser profeta, de lo cual serà lady Stanhope una prueba mas. Esta disposicion à lo maravilloso proviene de dos causas,—de un sentimiento religioso muy desarrollado y de una falta de equilibrio entre la imaginacion y la razon. Las fantasmas no se aparecen sino de noche; toda tierra ignorante es milagrosa.

La azotea del convento de Antura, donde nos paseábnmos una parte del dia, está sombreada por magníficos naranjos, citados ya por Volney como los mas hermosos y antiguos de la Siria: todavía se conservan; semejantes á nogales de cincuenta años en nuestros países, cubren el huerto y el tejado del convento con densa y embalsamada sombra, y llevan grabados en sus troncos los nombres de Volney y de algunos viajeros ingleses que como nosotros, han pasado algunos momentos junto à ellos.

El grupo de montañas en que se halla comprendido Antura, se conoce bajo el nombre de Kesruan ó de cordillera del Castravan: esta comarca se estiende desde el Nahr-el-Kebir hasta el Nahr-el-Kelb, y comprende el país, propiamente tal, de los maronitas: esta tierra les pertenece y solo à ella se estienden sus privilegios, bien que de dia en dia van ganando terreno en el país de los drusos al que llevan sus leyes y costumbres. El principal producto de estas montañas es la seda: el *miri*, ó la contribucion territorial, está fijado con arreglo al número de moreras que posee cada cual. Los turcos ecsigen del emir Beschir un ó dos miris por año como tributo, y el mir percibe ademas otros muchos por su cuenta; no obsante, y à pesar de las quejas de los maronitas sobre el esceso de las tallas, sus contribuciones no son comparables con lo que pagamos en Francia ó en Inglaterra. Lo que oprime á una nacion no es la tasa del impuesto, sino su arbitrariedad, su irregularidad. Si el impuesto en Turquía fuera legal y fijo, apenas se sentiria, pero donde la ley no ha determinado el encabezamiento, no hay propiedad, ó bien la propiedad es insegura y está en forzosa decadencia: la riqueza de un pueblo es la buena constitucion de la propiedad. Cada jefe de un pueblo reparte el impuesto y se atribuye á sí propio una porcion de él. En el fondo, este pueblo es feliz. Sus domi-

nadores le temen, y no osan establecerse en sus provincias. Su religion es libre y honrada; sus conventos, sus iglesias, cubren las cimas de su montes; sus campanas, que regocijan su corazon como una voz de independenciam y libertad, resueñan dia y noche en sus valles; está gobernado por sus propios gefes, elegidos por el uso ó dados por sucesion entre sus principales familias; una policia rigorosa, pero justa, conserva el órden y la seguridad en los pueblos; la propiedad es conocida, está asegurada y es trasmisible del padre al hijo; el comercio es activo, las costumbres son perfectamente sencillas y puras. No he visto ninguna poblacion en el mundo que manifieste mas apariencias de salud, de nobleza y de civilizacion que estos hombres del Líbano. La instruccion del pueblo, aunque limitada á la lectura, á la escritura, al cálculo y al catecismo, es universal y da á los maronitas un ascendiente legítimo sobre las otras poblaciones sirias. No puedo compararlos mas que á los labradores de Sajonia y Escocia.

Volvimos à Berut por la orilla del mar. Las montañas que ciñen la costa están cubiertas de monasterios contruidos en el estilo de las quintas florentinas de la edad media. Sobre cada monte hay una aldea, coronada de un bosque de pinos-quitasoles y cruzada por un torrente que cae, en brillante cascada, al fondo de arran-

co. Toda esta costa está llena de pequeños pue-  
 rtos de pescadores, en que se ve uua multitud de  
 barquillas amarradas á los muelles ó á los peñas-  
 cos: hermosos sembrados de viñas, de cebada, de  
 moréras bajan de las aldeas al mar. Las campa-  
 nas de los monasterios y de las iglesias se alzan  
 sobre la sombría verdura de las higueras y los ci-  
 preses; una playa de blanca arena separa el pié  
 de las montañas de las olas límpidas y azules co-  
 mo las de un rio. Hay allí un terreno de dos le-  
 guas que podria hacer creer al viagero, si olvidase  
 que está á ochocientas leguas de Europa, que se  
 halla en las orillas del lago de Ginebra, entre Lau-  
 sana y Vevey, ó en las encantadas márgenes del  
 Saona, entre Macon y Leon; solamente que el mar-  
 co del cuadro es mas magestuoso en Antura, y  
 cuando levanta uno los ojos, vé las nevadas cimas  
 del Sannin que hienden el cielo como lenguas de  
 fuego . . . . .

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

and . . . . .  
 all . . . . .  
 - . . . . .  
 alio . . . . .  
 ob . . . . .  
 aug . . . . .  
 agna . . . . .

### NOTA DEL EDITOR.

Aqui se interrumpe el diario del autor. A prin-  
 cipios de diciembre perdió su hija única; en el mo-  
 mento en que su salud, quebrantada en Fran-  
 cia, parecia completamente restablecida por el cli-  
 ma del Asia, murió entre los brazos de su padre  
 y de su madre, en la casa de campo en que M. de  
 Lamartine habia establecido a su familia para pa-  
 sar el invierno, en las cercanías de Berut. El bu-  
 que que M. de Lamartine habia despachado á Eu-  
 ropa no debia volver hasta el mes de Mayo de 1833  
 a las costas de Siria para recoger á los viajeros:  
 seis meses pasaron en el Líbano despues de aquel ter-  
 rible suceso, confundidos por el golpe con que los  
 habia herido la Providencia y sin mas alivio á su  
 dolor que las lágrimas de sus compañeros de viage  
 y de sus amigos.

En el mes de Mayo volvió a Berut el *Alceste*  
 con arreglo a lo pactado, y los viajeros, para evi-  
 tar una amargura mas a la desventurada madre,